



LA  
FIESTA DE SAN NICOLAS

POR

ANDRÉ THEURIET

VERSIÓN CASTELLANA

DE

EL COSMOS EDITORIAL



MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

Arco de Santa María, 4, bajo.

Imprenta de F. Nozal, Jesús, 3, (esquina á la de las Huertas.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

---

Se prohíbe su reproducción.

Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

---

I.

—¿Puede el señor Subdirector recibir á la señora Blonet? Pregunta el ugier entreabriendo discretamente una de las hojas de la puerta del despacho.

El despacho del Subdirector, es una habitación espaciosa, de alto techo y de severo aspecto, tiene dos ventanas con cortinas de damasco verde, el papel de las paredes y la tela de las butacas son del mismo tono y la biblioteca es de caoba. El piso cuidadosamente encerado, refleja como un espejo la fría simetría de aquel mobiliario administrativo, y el espejo de la chimenea, reproduce con la mayor perfección la imagen de un reloj de mármol negro, á cuyos dos lados hay dos lámparas de bronce y dos candelabros dorados. Vuelto de espaldas á la chimenea, el subdirector, Hubert Boinville, trabaja inclinado sobre el ancho púpitre de caoba lleno de legajos. Levanta su cara grave y melancólica, cercada por una barba color castaña, en la cual brillan algunos hilos grises, y sus negros ojos, dejan caer una mirada sobre la

tarje a que le presenta el digno y solemne ugier. En aquel pequeño cuadrado de cartulina han escrito á mano, con letra antigua y torcida: «Viuda de Blonet» nada deduce de su lectura y tirándola sobre los legajos, hace un gesto de impaciencia.

—Es una señora de edad, dice el hugier, ¿la despedido?

—Que entre, dice el subdirector con tono resignado. El ugier con su librea de botones metálicos, desaparece, al poco tiempo, aparece de nuevo acompañando á la señora, quien, desde el dentil de la puerta, hace una reverencia de moda en otro tiempo.

Hubert Boinville se incorpora con un gesto un tanto frio, le indica un sillón en el cual ella se sienta despues de repetir su reverencia.

Es una viejecita con traje negró, muy pobre. Su vestido de merino está muy estropeado y tiene un color verdoso. Un velo de crespon muy usado, que ha servido ya para más de un luto, cae miserablemente por los dos lados de su antiguo sombrero y deja ver bajó una trenza de postizos cabellos castaños una cara redondita, un tanto arrugada, ojos vivos y una boquita cuyos sumidos labios delatan la falta de los dientes.

—Señor, dice con voz un poco fatigada, soy hija, viuda y hermana de empleados que han prestado buenos y leales servicios al Estado, he presentado en a Direccion general una solicitud en demanda de

socorros y... desearía saber si puedo esperar algo.

El Subdirector ha escuchado esto sin pestañar ¡Ha oido tantas súplicas análogas!

—¿Se le ha socorrido á Ud. alguna otra vez; señora?

—No señor, hasta ahora había podido vivir sin molestar á nadie... Tengo una corta pensión y...

—¡Oh! interrumpió secamente el Subdirector, en ese caso temo mucho que podamos hacer nada por Ud.. Tenemos que socorrer á muchas personas desgraciadas que no tienen ni aún el recurso de esa pensión.

—¡Escuche Ud. caballero! exclamó desesperadamente la anciana no lo he dicho todo... Tenía tres hijos y han muerto; el último daba lecciones de matemáticas... El invierno pasado, yendo del Pateon al Colegio Chaptal, se mojó, cogió un gran constipado que degeneró en fusión de pecho y que concluyó con él quince días.—Con el producto de sus lecciones viviamos, él, su hija y yo, porque me ha dejado una nieta. Los gastos de su enfermedad y entierro me han dejado sin un cuarto. He empeñado mi credencial de pensionista para pagar deudas. Me encuentro sola en el mundo con la pequeñita, sin dinero y tengo ochenta y dos años... Es ya mucha edad, ¿no es verdad?

La anciana enjuga una lágrima. El subdirector la ha escuchado con más atención. La entonacion de

clertas frases provinciales de la señora, resuenan en su oído como una mímica muy oída y muy familiar; Aquella manera de hablar tiene un sabor del país, que cree reconocer y que la causa singular sensación. Llama, pide el expediente de «la viuda Blonet» y cuando el ugiere deja sobre el púlpito, con aire de importancia, la ajada carpeta, Hubert Boinville examina los documentos con un marcado interés.

—Usted es Lorenesa, señora, dice, mostrándose más amable y poniendo cara más risueña. Lo he sospechado en su acento.

—Si, señor, soy de la *Argonne*... ¿Cómo ha conocido Ud mi acento? Creía haberlo perdido despues de tanto como he rodado de un extremo al otro de Francia como un fugitivo.

El subdirector mira con creciente compasión á aquella pobre viuda á quien una ráfaga de viento ha arrancado de su bosque natal y arrojado en París como una hoja seca despues de haberla arrastrado mucho tiempo por los caminos burocráticos. Siente que su corazón de funcionario se ablanda poco á poco y responde sonriendo de nuevo:

—Yo tambien soy de la *Argonne*, y he vivido mucho tiempo cerca de su pueblo de Ud. en *Clermont*... Vamos, señora, tenga Ud. animo... Creo que obtendremos el socorro que Ud. desea...

¿Ha dejado Ud. sus señas?

—Si, señor, calle de la Salud, núm. 12, cerca del

convento de los Capuchinos.—Muchas gracias; me voy contenta con lo que me ha dicho Ud. y por haber encontrado un paisano...

Y la anciana señora se retira despues de confundirse en reverencias.

Tan luego como la señora Blonet ha desaparecido, el subdirector se levanta y va á pegar la frente sobre la vidriera de una de las ventanas que dan al jardín del hotel. Pero no son las copas de los castaños, medio deshojadas, las que contempla, su mirada, va más allá... muy lejos, allá abajo, hácia el Este, al otro lado de los llanos y de las colinas de la *Champaña*, hasta un valle enclavado en un gran bosque, con un modesto río que arrastra sus amarillas aguas entre filas de chopos, al pie de una vieja y pequeña aldea con tejado de oscuras tejas..

Allí es donde vivió siendo niño, allí es donde, iba todos los años durante las vacaciones. Su padre, escribano del juzgado de paz, llevaba allí la vida estrecha y llena de privaciones de los burgueses sin fortuna. Educado en la mayor estrechez y acostumbrado desde muy pequeño al cumplimiento de su deber y al trabajo continuo, Hubert abandonó su país desde muy pequeño y no volvió á él más que para asistir al entierro de su padre. Dotado de una inteligencia superior, y de una voluntad de hierro, amante del trabajo subió rápidamente, los escalones de la escala administrativa. Ser subdirector á los

treinta y un años, ocurre en el mundo burocrático por excepción. Austero, puntual, reservado y atento, muy riguroso en la observancia de los Reglamentos, llega siempre al Ministerio á las diez, no sale nunca hasta las seis y se lleva trabajo á casa. De carácter poco expansivo, aunque sensible en el fondo, tiene fama de muy reservado. Frecuenta poco la sociedad y su vida ha estado de tal modo ocupada por el trabajo, que no ha tenido tiempo de pensar en el matrimonio. Su corazón ha hablado sin embargo una vez en la Argona cuando tenía veinte años; pero como no era más que un pobre supernumerario sin fortuna, la muchacha de quien él se había enamorado, le despreció y se casó con un hombre rico comerciante en maderas. Esta primera decepción ha dejado á Boinville una amargura que sus triunfos administrativos no han podido corregir por completo. Su espíritu ha quedado lleno de melancolía y esa tarde, después de haber oído á aquella anciana señora hablarle de su angustia, con el acento del país, que no se olvida jamás, se ha sentido invadido de una tristeza retrospectiva.

Con la frente fijá en la vidriera, remueve, como un montón de hojas secas, los lejanos recuerdos de juventud, profundamente sepultados en su memoria y el perfume de las temporadas pasadas en su país natal invade dulcemente su cerebro.

Vuelve á su sillón y cogiendo el expediente pone

con lápiz azul esta nota marginal: «Situación digna de interés»—«Concedase»—después llama á un ordenanza y envía el expediente al subjefe encargado de los socorros.

## II

El día en que se concedió oficialmente el socorro, Hubert Boinville, abandonó su oficina un poco antes que de costumbre. Se había ocurrido la idea de dar el mismo la buena noticia á su vieja paisana.

Trescientos francos son apenas una gota de agua para el enorme presupuesto ministerial, pero en el presupuesto de la viuda, esta gota de agua debía convertirse en un rocío bienhechor. Aun cuando á principios de Diciembre, el tiempo era suave y Boinville anduvo á pie el largo trayecto que le separaba de la calle de la Salud. Cuando llegó empezaba la noche á cubrir de tinieblas aquel desierto barrio. A la luz de un mechero de gas, cerca del convento de Capuchinos, vió el número 12, encima de una puerta de postigo, abierta en una alta pared de piedra. No hizo más que tocar aquella puerta, que estaba entreabierta, y se encontró en un gran jardín en el cual se distinguían en la sombra, campos de legumbres cercados de rosales y, por todas partes siluetas de árboles frutales. El subdirector se dirigió, á tientas, hacia el piso y tuvo la suerte de encontrar al jardi-

nero en persona, que le guió hacia la escalera que conducía á la habitación de la viuda.

Después de haber tropezado dos veces en los sucesivos escalones, Boinville llamó á una puerta, por encima de la cual se filtraba un debil rayo de luz y se admiró mucho cuando abriéndose aquella, vió ante sí á una joven de unos veinte años que, de pié en el dintel levántando en alto una lámpara, le miraba con sorprendidos ojos.

Era una joven vestida de negro, de fisonomía viva y agraciada. La luz, cayendo de lo alto, iluminaba sus cabellos castaños, sus redondas mejillas, su boca sonriente y sus azules y limpidos ojos.

—¿Me habré equivocado? preguntó Boinville, ¿es aquí donde vive la señora de Blonet?

—Si señor, hagame Ud. el favor de pasar... Abuela, es un señor que pregunta por ti.

—Ya voy, respondió una voz aguda que salía de una habitación contigua; un momento despues, la anciana señora llegaba muy de prisa, con el pelo recogido dentro de una cofia negra y acabando de desatar las cintas de un delantal de tela azul.

¡Santa Madre de Dios!, exclamó al reconocer al Subdirector, ¿es usted señor?... Dispenseme Ud., no esperaba tener el honor de verle por aquí... *Claudette*, acerca el sillón al señor subdirector... Esta es mi nieta, caballero, lo único que me queda en el mundo.

Hubert Boinville se había sentadó en un viejo si-

llón de terciopelo de Utrech y de rápida ojeada, había examinado la habitación, que parecía servir á la vez de sala y de comedor. Pocos muebles, una pequeña estufa de porcelana blanca, cubierta de mármol rojo; al lado un armario grande y rústico de encina como los de las aldeas; en el medio, una mesa redonda cubierta por un hule; sillas de paja y en la pared, viejas litografías iluminadas de *Boilles*; el conjunto, limpio y recordando á la aldea.

Explicó brevemente el objeto de su visita.

—¡Ah! mi buen señor, muchas gracias exclama la viuda... Con razon se dice que la dicha no llega nunca sola... Figurese Ud. que la pequeña ha sufrido sus exámenes para entrar en telégrafos y hasta que la coloquen se dedica á hacer estampas... Hoy la han pagado una gran cantidad de estampas y hemos decidido celebrar esta noche la fiesta de San Nicolás, como en los buenos tiempos... ¿Se acuerda Ud?

—¡Pero, abuela, interrumpió la muchacha riendo, este caballero no sabe lo que es la fiesta de San Nicolás... aquí en París, no se festeja á ese santo!

—Si por cierto, el señor sabe perfectamente lo que yo quiero decir, es paisano nuestro, *Claudette*, es de *Clermont*.

—¡La fiesta de San Nicolás! dijo el subdirector cuyo melancólico rostro se alegró, ¡ya lo creo!... ¡En efecto, hoy es 6 de Diciembre!...

Esta fecha había iluminado su imaginación con

alegres recuerdos de su infancia. Veía la vasta chimenea paterna! adornada para la fiesta del patrón de su pueblo natal; vió la música juguetona de los violines que iban por las calles en busca de las muchachas para el baile y recordaba las emociones del día siguiente, cuando corría con los pies descalzos para recoger del hogar sus zuecos llenos de juguetes, que San Nicolás, montado en su burro había bajado la noche antes por la chimenea.

—Pues esta noche, continuó con volubilidad la abuela, hemos resuelto no comer más que platos al estilo del país. El jardinero de abajo, nos ha proporcionado coles, nabos y patatas para hacer una buena olla; he comprado un salchichon de Lorena y cuando Ud. entró, estaba preparando un *tot fatt*.

—¡Oh! ¡un *tot-fait!* exclamó Boinville poniéndose más pensativo, hace veinte años que no oigo pronunciar el nombre de ese pastel de huevos, leche y harina y más tiempo aún que no lo pruebo ..

Su fisonomía se había animado y la muchacha que le observaba á hurtadillas creyó distinguir en sus pardos ojos un ansioso resplandor.

Mientras que él sonreía, entregado al recuerdo de aquel plato del país, la abuela y *Claudette* se habían separado un poco y parecía que discutían una cuestión grave.

—No, abuela, decía en voz baja la muchacha, eso sería una indiscrección.

—¿Por qué ha de ser indiscrección? dijo la viuda, estoy segura que le agradará.

Y como vieron que él las miraba con curiosidad, la abuela le dijo acercándose:

—Caballero, Ud. ha sido muy bueno para con nos otras y sino fuera abusar, pediría á Ud. un nuevo favor... Es tarde y su casa de Ud. está lejos de aquí. Tendríamos mucho gusto en que nos acompañara Ud. á comer nuestro *tot-fait*... ¿No es verdad? *Claudette*.

—Sí, abuela, solo que este señor no comerá tan bien como en su casa, y además le esperarán allí.

—No, nadie me esperará, contestó Boinville, pensando en el restaurant, en donde de ordinario comía solo y mal, soy libre pero..

Vacilaba aún, y seguía contemplando los alegres ojos de *Claudette*; de pronto, y con una franqueza poco frecuente en él, dijo:

—¡Pues bien! ¡acepto sin cumplido, y con placer!

—Enhorabuena, dijo la anciana señora con regocijo... *Claudette*. ¿qué te decía yo?... Pon pronto los cubiertos, y vete á buscar vino, mientras yo concluyo de hacer el *tot-fatt*...

*Claudette*, viva como una ardilla, había abierto el grande armario y sacado de él un mantel y servilletas con listas encarnadas. En un abrir y cerrar de ojos estuvo puesta la mesa. Encendió una bugía y bajó, mientras que la viuda, sentada con el regazo



lleno de castañas las hacía una rajita y las colocaba sobre el mármol de la chimenea.

—¿No es verdad que la pequeña es lista y alegre? decía al subdirector... Es mi único consuelo... Ella alegra mi vejez como un gorrion alegra el tejado por donde corre...—Y continuó después de haber dado vuelta á las castañas que había puesto sobre la estufa:—Será una cena frugal, pero ofrecida de todo corazón, y además esto os recordará el país ¿no es verdad?

*Claudette* había subido, encarnada y algo sofocada; la buena señora trajo la humeante y olorosa olla y se sentaron á la mesa.

Entre aquella respetable octogenaria tan bondadosa y aquella muchacha tan sencilla y alegre; ante un matel que despedía un agradable olor á lirio, en aquella atmósfera [semi-campestre, que le hablaba del pasado, Hubert Boinville comió con apetito de la olla, Desenmudeció poco á poco y habló familiarmente, riéndose mucho de las ocurrencias de *Claudette* y de las palabras del *patois* (dialecto del país) que la abuela mezclaba en la conversación. De cuando en cuando, la viuda iba á la cocina á vigilar su plato. Al fin apareció llevando en las manos una fuente en la cual estaba colocado el *tôt-fait* que despedía un apetitoso olor á flor de naranjo. Después vinieron las castañas, asadas en el horno y doradas por el fuego dentro de sus débiles cáscaras. La anciana señora

sacó del armario una botella de *pignolette*, licor del país compuesto de aguardiente y vino dulce; después mientras que *Claudette* quitaba la mesa, cogió maquinalmente su labor y se sentó cerca de la estufa, siempre charlando; pero la influencia del calorcito que despedía la estufa, unido á la acción de la *pignolette* no tardó en adormerla. *Claudette* colocó la lámpara en medio de la mesa; Hubert y la joven estaban frente á frente y *Claudette* naturalmente alegre y jovial, hacía el gasto de la conversación.

También ella había pasado su infancia en la *Argonne*, con una tía anciana, y recordaba de *Boinville* pequeños detalles locales cuya precisión trasportaba insensiblemente su imaginación á aquellos lugares, cada uno de los cuales tenía para el subdirector un recuerdo de su infancia.—Como hacía mucho calor en la habitación, *Claudette* había entreabierto la ventana y entraban rafagas de aire fresco, impregnadas de fuerte olor á plantas de muerto, y se oía el ruido de una pila, mientras que á lo lejos una campana del convento tocaba el *Angelus*.

Hubert Boinville fué preso de una ilusión. La *pignolette* de la Lorena y los claros ojos de aquella hermosa joven, que le recordaba el montuoso paisaje de su pueblo natal, fueron la causa. Le parecía que había retrocedido veinte años en su vida, y que había sido trasportado á alguna casa rústica de su país. Aquel viento que sentía en los árboles, aquel suave

murmurio del agua corriente, eran la cariñosa voz del aire que movía las florestas de la *Argonne*: aquella campana que sonaba á lo lejos, era la de la iglesia parroquial de la aldea, festejando la vispera de San Nicolás... Su juventud sepultada durante veinte años bajo los papelotes administrativos, revivía, en toda su lozanía, y delante de él veía, trastornado, los hermosos ojos azules de *Claudette* y sus sonrosados labios que sonreían ingenuamente; todo esto hacía que su adormecido corazón se despertase y latiese en su pecho con agradable tic-tac...

La anciana señora se había despertado sobresaltada y balbuceaba algunas excusas. Hubert Boinville se levantó; era ya hora de despedirse. Después de dar mil gracias á la señora Blonet y haberla prometido volver á verla, dió la mano á *Claudette*. Sus miradas se encontraron y la del subdirector era tan brillante, que la joven bajó los ojos. Ella fué quien le acompañó hasta abajo, y cuando estuvieron en el dintel de la puerta la estrechó de nuevo la mano sin encontrar qué decirle...

El subdirector se había enamorado de *Claudette*, y cuando se encontró sólo en el tenebroso desierto de la calle de la Salud, le pareció que oía sonar en el cielo todos los violines de la fiesta de San Nicolás.

## III

Hubert Boinville daba de nuevo, como se dice en lenguaje burocrático, «un activo é ilustrado impulso al servicio». La máquina administrativa había vuelto á amontonar sobre su mesa la tarea diaria de relaciones, volantes, comunicaciones, tarjetas, cartas del ministro y proyectos de decretos. Las sesiones del Consejo, las audiencias y las comisiones, no le habían dejado una hora libre para ir á la calle de la Salud.

Sin embargo, el recuerdo de la noche de San Nicolás, invadía su imaginación con frecuencia, aún en medio de su trabajo. Varias veces la radiante imagen de *Claudette*, le había distraído de la lectura de un expediente. Esta aparición revoloteaba para él como ligera mariposa azul; por la noche cuando el subdirector entraba en su triste habitación de soltero, ella le acompañaba y le parecía que le miraba de una manera burlona, mientras él arreglaba el fuego de la chimenea casi apagado. Entonces pensaba en aquella habitacioncita, en la cual la estufa zumbaba tan cuidadosamente en la alegre conversacion de la joven, que había resucitado por un momento las sensaciones de sus veinte años. En la regular monotonía de la vida atareada que él tenía, y en la cual las in-